

Recuerdos de la lluvia

Autor: Finés David Morla

Capítulo 1: Nostalgia

Era época de lluvias, los vehículos recorrían las muy transitadas calles mientras salpicaban con las ruedas el agua que caía en las carreteras. Los gorriones se escondían en los árboles para refugiarse junto con sus pichones. Los transeúntes que andaban sin paraguas, se guarecían en los comedores y cafeterías para escaparse de la lluvia. ¡Que contentas estaban las meseras, quienes recibían propina cada vez que llovía! Debido a que le proponían un café caliente en el momento adecuado, a estos transeúntes que por la lluvia estaban chamuscados.

Mientras todos se escondían y se resguardaban a su manera, yo contento estaba cuando llovía en primavera. Siempre he amado el olor a tierra mojada, los arboles escurriendo las aguas dejando caer sus gotas, el sonido producido por las gotas de lluvia al caer al suelo y las que caían en mi paraguas, el aroma impregnado en mi ropa, se siente acogedor.

Caminaba de regreso a casa después de un largo día de estudios y tareas que resolver, mis zapatos chamuscados pisaban los charcos una y otra vez. Era más común la inocencia de mi sonrisa a la hora de llover, que el estrés de un examen y las tareas por hacer. Caminando hacia mi hogar después de un largo día, me encuentro con alguien que ni siquiera conocía.

¿La he visto en algún lado? No lo sé. Pero por alguna razón, esta chica me llamaba bastante la atención. Era la calle principal, donde estaba la parada de autobús. Mi autobús llegaba siempre a las 5:20pm con exactitud; pero normalmente con la lluvia suele retrasarse, pues debía manejar un poco más despacio y evitar accidentes del cual preocuparse.

Sin embargo, cuando llegué a la parada del autobús, mis ojos se enfocaron demasiado en aquella chica que dé pie esperaba su transporte. Nuestras miradas se cruzaron varias veces. Su semblante era conocido, sus hermosos ojos color miel se convirtieron en el enfoque principal de mi vista
¿Lo habrá notado?

El delicado cielo de sus labios, que se movía escondiéndose en su labio inferior en señal de nerviosismo, me llamaba demasiado la atención. ¿Por qué estaría nerviosa? Su mano derecha recogía y peinaba su largo cabello dejando su oreja descubierta. Sí, de alguna manera creo que alguna vez he susurrado palabras en su oído. ¿Cuál es esta sensación de nostalgia que invade mi cuerpo?

Noto como sus delicadas manos sostienen el mango de su paraguas, sus manos estaban temblando. Estaba lloviendo, pero no hacía frío de ningún tipo. Era una ligera lluvia cálida que

me era fuente de inspiración al concentrarme en aquella figura. Pero, ya que no hacía frío, entonces ¿Por qué estaba temblando?

De repente, llega el autobús a las 5:21pm, pero no era el mismo autobús que yo tomaba. Este tenía una ruta diferente y era el autobús de las 5:10pm que andaba retrasado 10 minutos debido a la lluvia. Mi expresión cambia completamente cuando esa joven damisela sube al autobús, desvaneciéndose de mi vista posiblemente para siempre. Noto como sus pies dan ligeros pasos y entran en el vehículo. Trato de extender mi mano y saludar, pero tanto ella como mi boca, se quedó trabada de los nervios. No pude decirle ni siquiera una palabra en este nostálgico momento. Esos pies ¿por qué pienso que fueron esos pies los que me enseñaron a bailar?

Las puertas del autobús se cierran, pero puedo notar que sus ojos se fijaban en mí una vez que la puerta cerró y el transporte ejerció su rumbo. No sé si era mi imaginación, no sé si las gotas de lluvia de su cabeza bajaron por su rostro. Vi como una lagrima salía de uno de sus ojos y recorría una de sus rojizas mejillas, hasta bajar por su perfilada y esculpida barbilla. Esa lagrima, no sé por qué tengo la impresión de que la he visto antes. No me quedó más que ver como el autobús que la transportaba, desaparecía a lo lejos.

Mi corazón latía más rápido de lo usual, mis dientes temblaban de los nervios. ¿Por qué me sentía así? Mi deseo era descubrir cuál era la razón por la que mi mente, mi cuerpo y mis sentimientos, reaccionaban de esa manera al verla. Estaba dispuesto a hablarle la próxima vez que la viera. Pero, ¿la volvería ver? Esa era la pregunta que caminó por mi cabeza por el resto de la semana.

Sí, estaba decidido; algún día, no importa cuando ni donde, nos volveremos a encontrar.

Capítulo 2: Sentimientos

Mi nombre es Takao Akizuki, vivo en una pequeña ciudad de pocos habitantes cerca de Tokyo. Estudié cursos de tapicería en la universidad local, la única que hay en mi ciudad para ser exactos. Siempre he tenido el deseo de convertirme en zapatero, por lo que practico mucho cuando estoy en casa. Mis padres se mudaron aquí cuando yo tenía 5 años. Ya han pasado 14 años, así que esta ciudad es mi hogar.

La gente, casi todos se conocen y se ayudan entre sí. No puedo quejarme, casi todos me conocen y me tratan como si fuera uno de sus hijos. Mi hermano mayor es un oficial de la marina en Kyoto. Mis padres tienen una panadería, una de las más populares de la ciudad.

Desde pequeño he sentido mucho amor hacia la lluvia, no sé por qué pero siempre me hace sentir cálido y me hace soltar el estrés. Suelo quedarme sentado observando las gotas de la lluvia estrellándose con el suelo. Casi siempre que salgo de casa llevo mi paraguas, aunque sea el día más soleado y despejado del año. Aunque muchos me tratan de convencer en esos días, de que no me haga ilusiones. A veces algo mágico ocurre, comienza a llover.

Sin embargo, hace unos días, me encontré con una hermosa chica. Su apariencia era delgada, cuerpo definido, cabello largo y negro, ojos color miel, nariz pequeña y unas hermosas y enrojecidas mejillas. Su estatura era posiblemente de un metro setenta y cinco.

Pero lo que más me llamó la atención, fue el cómo me sentí ante su presencia ¿Por qué era tan nostálgica su presencia? Mi cabeza sigue dando vueltas tratando de encajar las piezas de este confuso rompecabezas. Mi corazón se sentía angustiado, nervioso y con ganas de expresarse. He visto mujeres más bonitas, he incluso he hablado con ellas; pero entonces ¿Por qué ella me llama tanto la atención?

Todos los días después de clases, me dirigía a la parada de autobús. No solo quería tomar el de las 5:20 para llegar a casa, sino que también tenía la esperanza de volverme a encontrar con ella. De poder saludarla, de contarle lo mucho que he pensado en ella durante todos estos días. Preguntarle la razón por la que había llorado aquella vez que subió al autobús.

Mi última clase terminaba a las 5:05pm, el sistema era muy estricto con el horario. No podíamos irnos ni siquiera un minuto antes, aunque estuviera lloviendo o estuviera el clima más atroz. Ya estaba perdiendo la esperanza de volverme a encontrar con ella, ya había pasado una semana y no la había podido ver de nuevo.

Un día, empezó a llover nuevamente. Las calles se mojaron en cuestión de segundos, los estudiantes salimos cada quien con su paraguas en la mano. Otra vez, el ver como la lluvia refrescaba el clima y me cautivaba con la belleza de sus gotas, me hizo sentirme con menos estrés.

Todo se repetía, los transeúntes que no tenían paraguas se alojaban en las cafeterías, los gorriones dejaban de cantar y se protegían con los árboles. El sol comenzaba a brillar mientras llovía, produciendo hermosos resplandores. Observaba lo majestuoso que era la lluvia mientras caminaba hacia mi parada del autobús.

¡Qué sorpresa para mí! Ella estaba ahí nuevamente, esperando su autobús como aquella vez. ¡No podía creerlo! A pesar de que todos estos días pensé que no la volvería a ver, volvió a aparecer frente de mis ojos. Su presencia iluminaba las pupilas de mis ojos y hacía que mis manos temblaran. Sin embargo, no podía permitir que se me escapara nuevamente sin si quiera saludarla. Así que tragué en seco, apreté los puños, cobré valor y me acerqué hacia ella. Trato de extender la mano para saludarla y...

— *¡Takao! ¿Nunca te has balanceado en un columpio? Intentémoslo...*

Me quedé perplejo, ella no me estaba mirando pero yo estaba más que nervioso al escuchar esa extraña voz que había sonado en mi cabeza. ¿Qué fue eso? Un autobús se ve desde lejos y al minuto se estaciona en la parada, la chica nuevamente sube al autobús y yo sin poder haberle dirigido una palabra. Esta vez, ella no me miró ni un solo instante.

La voz que escuché me distrajo tanto, que perdí la oportunidad de hablarle. ¿Qué fue lo que escuché? ¿De dónde venía esa voz? ¿Por qué ese sentimiento de nostalgia invadía tanto mi corazón? La vi marcharse a lo lejos al igual que la vez anterior.

Esa misma tarde, llegué casa sin hablar con nadie. Solo podía pensar en aquella chica a la cual había perdido nuevamente de mi vista. Mi cabeza daba vueltas pensando en aquella voz que escuché en mi cabeza. Me recuesto en mi cama con ganas de olvidar; ya había dejado de llover, así que era más difícil tranquilizarme. ¿Por qué razón esto se está convirtiendo en algo tan inquietante?

Durante los siguientes días no la volví a ver. Me concentré en mis tareas y en dispersar mi currículo para conseguir algún trabajo de medio tiempo. Aunque me esforcé por dar a conocer lo que podía hacer, aún no había recibido ninguna llamada.

Entonces, volvió a llover. Las nubes cubrían el cielo al grado de tapar por completo el sol, dejando un color gris en toda la ciudad. El olor de los árboles y sus ramas al mojarse, el sonido de pequeños truenos, podía admirarlo todo. Ese día, me dirigí nuevamente a la parada para tomar mi autobús. Allí estaba ella de nuevo, esta vez sentada el banco techado. Se cubría de la lluvia mientras esperaba su transporte.

Me acerco hacia ella, prácticamente con el corazón en la boca y caminando despacio mientras me temblaban las manos. Pero esta vez fue muy diferente, me senté en el banco justo a su lado. Cerré mi paraguas y me refugié en el techo justo a su lado. Respiré profundo y trate de abrir mi boca, pero de esta no salía palabra alguna. Tenía que intentar de otra manera, de alguna manera

tenía que entablar una conversación. Ella se hacía la indiferente, como si yo no estuviera presente. Entonces, volvió aquel autobús que siempre aparecía en el momento menos indicado. Ella se levantó de su asiento, abrió su paraguas por un instante para cubrirse durante la distancia del techo hasta la puerta del autobús. Entró en este y cerró su paraguas; pero justo antes de que las puertas se cerraran, tomé todo el valor y boca finalmente dejó salir las primeras palabras hacia aquella figura:

—Buen viaje —exclamé en voz baja, aunque lo suficiente para que me escuchara.

Se sorprendió un poco y luego el arco de su boca formó una pequeña y cálida sonrisa, para finalmente sentarse en los asientos de su transporte. Al menos esta vez pude saludarla, con solo dos palabras pude decirle que esperaba que llegara bien a su hogar. La lluvia continuaba y me autobús aún seguía retrasado.

No podía dejar de pensar en ella, su hermosa figura, su sonrisa, su pelo, sus ojos, todo se me hacía tan familiar. Entonces, comprendí algo muy importante que me ayudaría a estar preparado la próxima vez que hablara con ella. Solo la encontraba los días en que llovía. La razón podía ser debido a que los autobuses se retrasaban al manejar más despacio y la gente durar más tiempo en abordar el vehículo. Debido a que siempre estoy en la parada a las 5:15, ya su transporte se ha marchado cinco minutos antes. Pero debido al retraso de estos en los días lluviosos, cuando logro llegar a la parada su autobús aún no ha llegado.

Por fin había comprendido, cual era la razón por la que todos estos días no me encontraba con ella. Sin embargo, la hora de salida es puntual sin importar el clima. Por lo cual no podía salir más temprano para encontrarme con ella, solo me quedaba una opción y esta era el retraso de los autobuses producidos por la lluvia. ¡Nunca en mi vida había deseado tanto que lloviera!

Durante la semana siguiente, tres días llovieron y pude encontrarme con ella. Solo la saludaba y ella me devolvía el saludo, pero no me tocaba ningún tema de conversación. A la siguiente semana, traté de tomar otras medidas. Me senté su lado mientras escuchaba las gotas cayendo al suelo y llenando de aguas las calles. Saqué de mi bolsillo una barra de chocolate y la partí por la mitad.

— ¿Quieres un poco? —le ofrecí extendiendo mi mano hacia la suya.

—No, muchas gracias —me dijo, negando mi propuesta.

Sus ojos mostraban preocupación, me estaba rechazando la propuesta por alguna otra razón que no tenía nada que ver con falta antojo. Insistí un poco, pero ella sacudió su cabeza fuertemente y sin querer golpeó mi chocolate tirándolo al suelo.

—No, discúlpame. ¡Por favor Takao, no me sigas buscando! —me dijo con lágrimas en los ojos y disculpándose por lo que había hecho. Pero estaba rogando algo que no quería hacer, me estaba pidiendo que no la siguiera molestando.

—Yo soy el que tiene que disculparse, yo...

— *¡Claro que quiero chocolate, que tonto eres!*

Otra vez, esa extraña voz chillona me interrumpió en mi mente causándome una fuerte jaqueca. En ese mismo instante, su autobús llegaba a la estación y ella entró rápidamente sin siquiera decir adiós. ¿Qué fue lo que paso? ¿Por qué reaccionó de esa manera? Todo eso, más la voz que escuchaba en mi cabeza, me causaban una fuerte confusión. Pero algo que me llamaba aún más la atención, fue el hecho de que ella conocía mi nombre sin siquiera habérselo dicho. ¿Había investigado sobre mí? ¿Me conocía?

Llegué a casa más confundido que nunca. Mis padres aún se encontraban en la panadería y llegaban tarde en la noche. Sin embargo, comienzo a escuchar ciertos ruidos provenientes de la cocina. ¡Qué sorpresa me llevo al enterarme de que era mi hermano mayor que estaba de visita!

—Takeshi, ¿Qué haces aquí? —le pregunté con asombro.

— ¿Qué ocurre? ¿Acaso no puedo dar una visita a mi casa? —me responde mientras destapa una cerveza del refrigerador.

— ¿Cómo te ha ido? ¿Piensas durar mucho? —le pregunté interesado.

—Pues recuerda que te conté que me ascendieron a tercer maestro. Por lo que tengo más responsabilidades. Pero también, al tener un cargo mayor, puedo tomar de vez en cuando unos días libres. La tripulación en la que estoy, hizo una parada reciente en el puerto de la ciudad y el barco zarpará pasado mañana —me explica.

Tuvimos una breve conversación, luego fui a la ducha y me cambié para luego cenar. Mi hermano ya iba por la tercera cerveza y en el 8vo inning de un partido de béisbol. No me extrañaba, él siempre se tomaba la vida como un juego y todo le salía bien. No se afanaba demasiado y siempre tenía algo de dinero para festejar. O al menos eso es lo que aparenta, pues estar en la marina no debe ser fácil.

—Takeshi, ¿Te puedo hacer una pregunta? He visto a una chica muy bonita, pero se me hace tan familiar. Ella sabía mi nombre, pero siempre se hace la indiferente, como si a la vez no quisiera saber de mí. Solo he escuchado pequeñas palabras de su boca y siempre está nerviosa cuando me ve.

—Y esto me lleva a...-exclama él tratando de forzarme a llegar al grano.

— ¿Debería seguir intentando? —le pregunté.

Aunque él estaba atento a su juego de beisbol, realmente sí estaba poniendo atención a las cosas que decía. No se sintió sorprendido en lo absoluto y ni siquiera se preocupó por preguntarme como era.

— ¿Qué te impulsa a seguir hablando con ella? —me pregunta.

—Siento una especie de nostalgia, como si la hubiera conocido antes. Cada vez que la veo, tengo en mi corazón el deseo de hablarle e ir más allá de una simple conversación. No soy tímido en lo absoluto pero por alguna razón con ella es diferente —le expliqué.

—No estás enamorado de cualquier persona. Estas deseando descubrir algo nuevo y el por qué sientes esa nostalgia cada vez que la ves. Mi consejo es: ¡No te rindas! Y si tienes que arriesgarte, ¡Arriégate! —me dijo con calma mientras se tomaba un trago de cerveza.

—No puedo creer que palabras como esas vinieran de ti, posiblemente ya estés borracho —dije en tono de broma.

Al día siguiente, cobré valor y pasé todo el día ensayando las palabras que le diría. Rogué y rogué porque ese día lloviera. Mi deseo porque lloviera era más fuerte que nunca. Y así ocurrió, ese mismo día llovió. Una vez terminada mi clase, salí sin hablar con nadie con el mas vívido deseo de poderla encontrar nuevamente.

Corro con todas mis fuerzas hacia la parada de autobús. Ahí estaba ella, sentada debajo del techo esperando su transporte. Con sus dedos peinaba su suave cabello hacia atrás y ajustaba su chaqueta pues había un poco de frío. Caminé en dirección hacia ella y noté como me ignoraba la mirada. Me senté justo a su lado y con mucho valor le dije:

—Disculpa lo que pasó ayer. No se me es tan fácil dejar de verte, pues cada vez que lo hago me siento como si te hubiera conocido antes. El hecho de que ayer mencionaras mi nombre me hizo preguntarme aún más el hecho de que me tú me conocieras. Por eso, discúlpame por la pregunta pero, ¿Nos hemos visto antes? —le expresé con valor mirándola fijamente a sus hermosos ojos.

En ese momento, el autobús vuelve a interrumpirnos haciendo que ella se parara de su asiento. Pero esta vez, pronunció unas palabras que durante todo un mes vagaron por mi cabeza:

—Yo te conozco, pero tú ya no te acuerdas de mí. Lo mejor es que no lo hagas, pues el día que te acuerdes de mí, entonces romperías tu promesa. Sé que ese mismo día, me odiarás —expresó la voz más dulce y cálida que jamás había escuchado.

Era la primera vez que la escuchaba decir tantas palabras hacia mí. Su voz era suave y delicada, su boca se movía lentamente mientras un par de lágrimas bajaban por sus rojizas mejillas. Luego entró al autobús, sin despedirse más que con una leve sonrisa; esta era una sonrisa de tristeza.

—*Te prometo que siempre te querré* —nuevamente una voz invadió mi mente. Pero esta vez, esa voz parecía la mía. ¿Qué quería decir ella con todo eso? ¿En serio fui yo quien la olvidó?

Tuve mucho tiempo para pensarlo pues, durante los dos meses siguientes, no volvió a llover. Lo cual hizo que no la volviera a ver. La temporada de lluvia había terminado.

Capítulo 3: Recuerdos

Había pasado dos meses desde la última vez que la vi. No sabía dónde vivía, no tenía su número, ni siquiera sabía su nombre. Las lluvias no llegaban; y cuando rara vez llovía, estas nunca eran a la hora correcta, para formar el retraso del autobús. Obtuve unas pequeñas vacaciones de una semana, esa vez traté de ir hacia la parada de autobús desde mi casa. Aunque no tenía nada que hacer ni adonde ir, esperé y esperé en aquella parada sin siquiera verla. Llegué a la conclusión de que era muy posible que decidiera tomar otra ruta para regresar o que tal vez cambiara de trabajo o se mudara.

Sin éxito alguno, regresé a mi hogar. Estaba olvidando lo ocurrido, ya había tirado la toalla. Tenía que concentrarme en otras cosas más importantes, pero no era tan sencillo. Un día de esa semana volvió a llover pero decidí quedarme en casa. Observé como la lluvia caía y se estrellaba con las piedras en el jardín. Como las aves se sacudían en los árboles para secarse de la lluvia. Como los niños salían a correr y mojarse en la calle.

Recordé que yo también lo hacía, pero no lo hacía solo. Cuando era niño, jugaba en las calles cuando llovía y no había quien nos detuviera. Éramos yo y mi hermano, pero había otra persona de la que no recuerdo. Era muy joven, es difícil recordar quien era; pero sé que sea quien fuera formó gran parte de mi vida.

Al día siguiente, recibí una llamada telefónica de Takeshi. Estaba navegando cerca y pensaba en dar una visita al día siguiente. Le conté lo que había pasado con aquella chica; pero cuando le conté, su voz se escuchaba seria y preocupada. Entonces me dijo con aire de orgullo:

—¿Sabes qué? ¡Olvidalo! Yo te mostraré muchas otras mujeres cuando regrese, te voy a enseñar a ser como tu hermano.

—No estoy seguro, quiero concentrarme en otras cosas por ahora –le respondí.

—Entiendo... necesito que me hagas un favor. ¿Recuerdas que Mamá y Papá cumplen aniversario pasado mañana? –expresó Takeshi.

—Sí, pero ellos no quieren que les de nada –reclamé.

—No les hagas caso. Hay que prepararles algo. Estaré allá para cuando eso, pero mientras tanto necesito que te dirijas a una floristería en la calle principal, bastante cerca de la universidad. Tengo una tarjeta que dejé en mi cuarto que tiene la dirección más detallada. Necesito que ordenes un gran arreglo floral de orquídeas y violetas en un florero de cristal–exclamó.

—Son las favoritas de Mamá –dije con una leve sonrisa.

—Así es, necesito que estén listas para el día del aniversario. Por favor, pregunta por Yukino, ella es la experta y una vieja amiga también. Dile que yo te envié y te hará una oferta.

Entonces, sin más nada que hacer, salí en pocos minutos para ganar tiempo. Encontré la tarjeta en su escritorio, leí la dirección, tomé mi paraguas y abordé el autobús de camino a la dirección que estaba en la tarjeta. Las ruedas del vehículo giraban y hacían música con los charcos de agua. Las gotas seguían cayendo una a una desde aquel cielo nublado. De repente salió el sol, aunque continuaba lloviendo. Era hermoso el arcoíris que se formó en el cielo, justo después de que bajé del autobús.

Finalmente, llegué a la floristería la cual estaba justa al lado de un restaurante de comida rápida. La gente entraba y salía en el restaurante y había una gran fila de vehículos buscando estacionamiento. El lugar tenía una M gigante en el techo y los clientes todos estaban hambrientos. Sin embargo, a diferencia del lugar de comida, la floristería estaba vacía. El lugar tenía hermosas flores de las cual maravillarse y apreciar. Las petunias, los girasoles, las violetas, todo estaba adornado de una manera admirable. La persona encargada del arreglo floral debía ser un genio al saber plasmar el arte de la naturaleza en todas las paredes.

— ¿Le puedo ayudar en algo? —me pregunta una señora con una cálida sonrisa.

—Discúlpeme, es que vine a ordenar un arreglo floral pero me entretuve observando esta decoración. Tiene mucho talento —expresé.

—Gracias, pero no fui yo quien lo hizo. Yo soy la dueña pero la experta en eso es Yukino, todos se maravillan con sus creaciones —me explica la señora.

—Sí, mi hermano me dijo que Yukino era una amiga, ¿podiera hablar con ella? —pregunté.

— ¡Claro! Déjame llamarla —me dice la señora mientras entra por una puerta.

Sigo observando y puedo notar ciertas pinturas enmarcadas en la pared. Varias de ellas con lagos, hermosos paisajes y mucha naturaleza. El estilo de los cuadros era admirable y la manera en como plasmaba la lluvia para crear un buen fondo era digna de elogiarse. Definitivamente, el artista que pintó estos cuadros debe ser un excelente y aclamado pintor.

De todos los cuadros hay uno que me llama más la atención que cualquier otro, este tenía a una niña llorando en columpio en plena lluvia. La niña llevaba un vestido rojo, unos zapatos negros y una flor que sujetaba su cabello castaño. La niña estaba sola y deprimida, y no había nadie que la empujara en el columpio. Pero ¿Por qué tenía la impresión de que esta escena me era tan familiar? Entonces, solo bastó con escuchar una ligera y dulce voz para entonces recordar esa escena...

— ¿Te gustó mi pintura? —me dice una hermosa voz detrás de mí. Era ella, era ella la que estaba en ese lugar.

—Sí, me recuerda a ti, de alguna forma siento que te conozco—le respondí.

—Todos estos días has tratado de recordarme, tratando de hablarme y descubrir porqué tu mente te hace pensar tanto en mí. Pero olvídale por favor –me dice.

—¿Cómo sabes eso? –le pregunté.

—Es fácil saberlo ¿Necesitas algo? –me responde nerviosa y con una cara de mucha tristeza.

—Mi hermano me envió a buscar unas flores para el aniversario de mis padres, me dijo que tú eras una vieja amiga. Al menos ya se tu nombre, Yukino ¿Verdad?

—Es mi apellido, me llamo Yukari ¿Tu hermano te envió? –me preguntó.

—Sí, Takeshi, ese es su nombre. Creo que el verte no es coincidencia, ¿O sí? –le pregunté.

No me respondió, solo comenzó a anotar en un papel las flores que utilizaría y como sería el florero. Sus delicadas manos se apoyaban en la mesa mientras escribía ligeramente en un papel todo lo relacionado con el arreglo florar. Era zurda y tenía una letra preciosa. Una vez terminó de escribir, se levantó de su asiento y me dijo que estaría lista para pasado mañana, el día del aniversario. Le agradecí pero, antes de salir, le pregunté:

—¿Hay alguna razón por la que no quieres que me acuerde de ti? –le pregunté.

—Ya te lo dije, te lo ruego, déjame –me dijo aguantando un ligero llanto mientras se adentra en una habitación de la tienda.

¡No quería hacerla llorar! Pero no entendía el hecho de que mi presencia le causara tristeza. Aunque no quería hacerla sentir mal, esto solo despertaba aún más mi curiosidad. Me dirigí hacia mi casa cubriéndome con mi paraguas en esa lluviosa tarde, recordando...

Cuando tenía once años, desperté en el hospital después de haber tenido un accidente. No recordaba cómo había sido, solo me dijeron que dormí por más de 2 días. Había una niña de mi misma edad que me fue a visitar acompañada de mi hermano. Aquella niña se acercó a mí con cara de felicidad y me abrazó con fuerza, pero yo no la conocía. La alejé rápidamente y le pregunté que quien era, solo agitó su cabeza negándose a aceptar lo que yo le estaba diciendo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y salió corriendo de la habitación.

Una semana después, estaba en mi habitación viendo la televisión y escucho como la lluvia caía en el techo del garaje. El sonido que producía me era muy agradable; luego me acerqué a la ventana. Cruzando la calle había un parque en el que solía jugar todas las tardes, a lo lejos puedo ver aquella niña sentada en los columpios. Estaba sola y podía resfriarse. Salí de mi casa con un paraguas en la mano y fui corriendo hacia donde estaba aquella niña. La tapé con el paraguas y le dije:

—Te vas a enfermar. Yo también amo la lluvia pero esto es casi una tormenta.

Al ver que no me respondía, estreché mi mano hacia ella y le dije:

—Soy Takao, te llevaré a tu casa.

La llevé a su hogar que se encontraba a dos cuadras del parque. Lo último que recuerdo es que su madre la regañó por estar afuera y la niña se despidió con una dulce frase: “Gracias Takao”. Fue la última vez que la vi.

Tengo más que una gran impresión de que Yukari es esa niña. Pero ¿qué es lo que ella recuerda que yo no? ¿Qué es esta sensación tan extraña? ¿Me conocía ella mucho antes? ¿Por qué lo habré olvidado? Por más que ella deseara que yo la olvidara, mi curiosidad ganaba la batalla.

Recuerdo las palabras que me dijo aquel lluvioso día en la parada del autobús: El día que me recuerdes, romperás tu promesa. Aquellas palabras continuaron dándome vueltas en mi cabeza por todo el día. Cuando llegué a casa, mis padres ya habían regresado y estaban preparando la cena.

No pude dejar de pensar en ella, en sus ojos, en su mirada, sus pinturas, sus lágrimas. Mi padre me preguntó sobre cómo me había ido, yo respondí con muy pocos ánimos que me había ido bien. Observaba la ventana viendo como caía la lluvia y veía los relámpagos iluminar el extenso cielo gris.

—Papá, necesito preguntarte algo importante –le dije seriamente mientras miraba por la ventana.

—Sí, por supuesto –me responde con ganas de conversar.

—Aquel día, hace 8 años. Amanecí en el hospital central, pero no recuerdo cual fue la razón. Solo me dijeron que había tenido un accidente y que estuve desmayado por más de dos días –le expresé.

—Sí, fue hace mucho tiempo. ¿Quieres saber cuál fue la razón? ¿En serio no recuerdas? –me pregunta.

—No, no lo recuerdo –afirmé.

—Tú y tu hermano estaban jugando en aquel parque que está cruzando la calle. Entonces, él se enojó contigo porque le habías ganado en una carrera y te empujó al suelo. Tu cabeza chocó contra el suelo y te desmayaste. Tu hermano te trajo cargado y nos contó todo lo ocurrido. Te llevamos rápidamente a emergencias. Aunque estabas sangrando y no despertabas el medico nos dijo que no había nada que temer, solo había sido una contusión. Pero nos dimos un buen susto ya que tú no despertabas. Tu hermano no sentía nada de culpa por lo que había hecho, incluso dijo que no le importaba en lo absoluto –me explicó.

—Creo que eso explica el por qué mi hermano estuvo castigado los siguientes meses. Pero, él nunca se enojaría conmigo de esa manera –dije con expresión pensativa. Realmente no lo

entendía, no recuerdo nada de ese día. Pero si recuerdo que mis padres pensaron en mandar a Takeshi a un reformatorio y finalmente fue ingresado en el campamento de la marina.

Pasaron los días y llegó el aniversario de mis padres. Takeshi tomó unos días libres para celebrar con mis padres. La fiesta fue totalmente sorpresa pero me entristeció el hecho de que Takeshi buscara el arreglo florar, quitándome la oportunidad de volver a ver a Yukari nuevamente. Sin embargo, después de la fiesta, me dijo que le faltó por entregar algo de dinero a la dueña de la floristería. Me preguntó si podría pasar al día siguiente para pagar la parte que faltaba. Tal vez se imaginaba que me negaría, pero era la oportunidad perfecta para volver hablar con Yukari.

Al día siguiente, llovió como nunca lo había hecho en todo el año. Se había anunciado el paso de una tormenta y todo el mundo se estaba refugiando en sus hogares. Era la primera vez que me enojaba con la lluvia, pues en vez de ser un motivo de alegría fue el obstáculo que me impedía salir de mi casa. Deseaba que parara de llover por al menos unos minutos. Eran ya las 4 de la tarde cuando mi deseo se cumplió, la lluvia cesó por un rato; yo tomé mi paraguas y corrí hacia la parada de autobús para llegar a la floristería. No sabía si habían dejado de trabajar por la tormenta, ni siquiera hice una llamada, solo corrí.

Finalmente, llegué a la tienda y me encuentro que la dulce señora de la vez pasada que estaba a punto de cerrar. Cuando pregunté por Yukari me dijo que ya se había ido, no suele haber muchos clientes cuando caen tormentas como estas, así que no valía la pena que la tienda estuviera abierta todo el día. Cuando le pagué la parte faltante ella me sonrió y me dijo:

—Te pareces mucho a tu hermano, él es un gran amigo de ella. Estaba por aquí ayer y hablaron un buen rato.

Durante los últimos tres días había pensado mucho en el hecho de que Takeshi y ella se conocieran de hace mucho. En ese momento, llegaron a mi mente tantas preguntas que quería hacerle. Fui a la parada del autobús para regresar a casa; cabizbajo y pensativo no dejaba de sentirme curioso y a la vez confundido. Me sentía triste al saber que no pude verla ese día, ya no tenía muchos ánimos encima y solo tenía ganas de llegar a casa y dormir por el resto del día.

Sin embargo, en la parada del autobús, la volví a ver. Aquella chica que vestía un hermoso abrigo azul, unos pantalones negros y descalza. Con sus zapatos en las manos para que no se mojaran. Esperaba aquel autobús que la llevaría a su casa después de un largo día. Se cubría de la ligera llovizna con su viejo paraguas transparente. Miraba fijamente el suelo con una cara de tristeza y en el ligero movimiento de sus párpados podía notar la soledad.

Lentamente me acerco a ella y la saludo. Se quedó fría al verme, su rostro se enrojeció y sus manos comenzaron a temblar. Estaba sorprendida al encontrarse conmigo, pero no reflejaba felicidad alguna. Entonces llega aquel autobús que siempre pasaba en el momento inoportuno, pero esta vez era mi autobús. Sorprendido me quedé al escuchar que era el último que pasaría debido a que habían cancelado la ruta por la tormenta.

— ¿Dónde vives? –le pregunté.

—Cerca de la plaza –me respondió sorprendida a mi pregunta.

—Ven, este autobús pasa cerca de esa calle y te puedo mostrar cómo llegar a tu casa –le contesté.

Ella siguió mi consejo y abordamos el autobús. Nos sentamos lejos uno del otro pero podía notar como se sentía insegura y nerviosa. El autobús se detiene y yo tomo a Yukari de la mano diciéndole que esta era nuestra parada. Su mano estaba fría y suave y sus pasos eran lentos.

Nos bajamos del vehículo y caminamos dos cuadras cuando de repente volvió a llover con fuerza. La brisa era tan fuerte que rompió el paraguas de Yukari y se lo llevó volando. Entonces, la acerco a mí y la cubro con el mío mientras seguimos caminando bajo la tormenta.

La brisa era tan fuerte que tuve que adherirme a ella para que nos pudiéramos cubrir con mi paraguas. Mi mano estaba sobre su hombro y podía sentir como temblaba de frío. Corremos hacia la calle que me había dicho y una vez allí ella me muestra su casa. La lluvia caía con fuerza en el asfalto y los arboles parecían como si se fueran a despegar de raíz.

Llegamos a una casa pequeña, color blanco, con un hermoso jardín. Ella busca las llaves desesperadamente mientras el cielo se nos cae encima. Finalmente, logra abrir la puerta y entramos.

Estábamos repletos de agua, enchumbados desde la cabeza hasta los pies. Se escuchaba como las gotas caían en el techo y los truenos se hacían cada vez más frecuentes. Ella me pasa una toalla y enciende la calefacción. Se fue a su habitación por varios minutos y cuando regresó ya se había cambiado de ropa. Se había puesto otro par de pantalones y un abrigo negro con el cuello alto.

— ¿Quieres una taza de café caliente? –me preguntó.

— ¡Claro! –le respondí tartamudeando.

Yo me secaba con la toalla mientras la calefacción secaba un poco mi ropa. Esperaba que la lluvia pasara para marcharme, pues no pensaba que le agradara la idea de que yo estuviera en su casa.

La casa era sencilla pero muy bonita. Tenía hermosas pinturas que Yukari había creado. El piso de madera tratada, las decoraciones de la pared, la tela de los muebles, definitivamente una excelente decoración. La lluvia salpicaba en el techo y los arboles bailaban junto con la brisa.

—Si quieres quítate la camisa mientras se seca o te puedes resfriar –me dijo.

Me la quitó y me dio una camiseta blanca. Me dijo que era una vieja camiseta que su padre usaba. Lentamente trae una bandeja con dos tazas de café, me sirve el mío y me lo ofrece. Nos

sentamos justo en el balcón mientras veíamos como las gotas se estrellaban con el suelo y las nubes grises permiten la entrada de un ligero rayo de luz.

Durante un par de minutos, no nos hablamos ni una palabra. Ella estaba sentada, con las piernas ligeramente cruzadas y su mano derecha apoyando su mentón mientras observaba hacia fuera con sus preciosos ojos. Estaba descalza y con las uñas pintadas de color transparente. Sus perfectos pies bailaban al compás de la lluvia; eran como los de una princesa, con un ligero y perfilado puente. Luego de unos minutos y un par de sorbos de café, ella dirige su mirada hacia mí y me dice con su hermosa voz:

—Gracias por traerme a casa, eres bienvenido —me dijo.

—No fue nada —le respondí sonrojado.

Sus labios forman un ligero arco, dando lugar a una pequeña sonrisa mientras sus mejillas se sonrojan al responder:

—Te agradezco por preocuparte siempre por mí —exclamó.

Mi corazón palpitaba cada vez más rápido, comencé a sudar y a tartamudear. Nunca me había sentido tan nervioso y aún más cuando sus hermosas y frías manos tocan mi mejilla. Luego con su mano izquierda acaricia un mechón de su cabello dejando su oreja al descubierto. El movimiento lento de su pecho me mostraba lo profundo que estaba respirando, ella también estaba nerviosa.

—Esta es mi casa, mi madre trabaja en Kyoto y mi padre murió hace 4 años. Vivo sola desde hace más de un año —me explica mientras toma otro sorbo de café y quita su mano de mi mejilla.

—Siento mucho lo de tu padre. Algo me dice como que he estado en esta casa antes —respondí.

—Creo que es hora de que sepas lo que de verdad ocurrió. Te mereces saberlo pero...

—Sea lo que sea jamás te odiaría. Ese era el miedo que me dijiste que tenías —le dije.

—Entonces, te diré como nos conocimos...-empezó a contarme, con una voz suave y tranquila, lo que todo este tiempo he tratado de investigar.

...

Llegaste a los 5 años. Tu familia estaba muy contenta de su nueva casa y hablaban mucho del nuevo negocio que iban a comenzar. Tu hermano tenía 8 años y siempre fue más decidido que tú. Después de la escuela, yo me quedaba en casa de mis tíos que vivían justamente al lado de la tuya. Mis padres trabajaban y siempre regresaban de noche a recogerme.

Durante dos años nunca entablé una conversación contigo, solo te veía de lejos por la ventana observando la lluvia. Amabas la lluvia desde pequeño, te encantaban los libros infantiles y las

películas. Tu madre te cocinaba esas sabrosas galletas de avena y tú no tenías con quien compartirlas.

Un día, estabas como siempre mirando por la ventana y yo estaba sola montada en los columpios del parque. Tu hermano salió de la casa pues yo no tenía a nadie que me empujara. Lo conocí y ese mismo día jugamos mucho. Una semana después, apareciste diciendo que querías que nosotros también jugáramos contigo.

Nunca olvidaré la cara que ponías cada vez que te daba un beso en la mejilla. Te sonrojabas y querías que dejara de hacerlo, pero era algo divertido para mí. El tiempo pasó y nos hicimos inseparables. Tomaste mi número de teléfono y hablábamos sin parar. Tú te la pasabas burlándote de que yo fuera zurda y yo siempre me reía de tu miedo a los columpios.

Cuando teníamos once años, te invité a una fiesta en mi casa. Mi padre tuvo que irte a buscar y llevarte nuevamente a tu casa pues los tuyos no tuvieron tiempo, pues hubo mucha demanda en la panadería. Recuerdo que bailamos y a partir de ahí tuve que enseñarte bailar. Un día bailamos bajo la lluvia, fue un momento que nunca olvidaré. A partir de ese día, dijiste que cada vez que lloviera te acordarías de mí. Poco a poco me fui enamorando de ti.

Me comprabas una barra de chocolate una vez a la semana, con una parte de tu mesada. Comenzaste a decirme palabras de cariño y por primera vez me dijiste que amabas. Me prometiste que pasaré lo que pasaré siempre me querrías.

Tu hermano comenzó a darse cuenta de lo que ocurría, él también el sentía algo por mí, pero nunca sintió celos. Sabíamos que éramos demasiado jóvenes y que por el momento solamente queríamos tener una amistad. Pero...

Un día, te dije que era hora de que dejaras de tenerle miedo a los columpios. Y tanto Takeshi como yo insistimos en que tenías que dejar de temer. Tú dijiste que sí con mucho valor, aunque lo hiciste por complacernos. Dijiste que harías cualquier cosa por hacerme feliz y verme sonreír. Te sentaste en el columpio y yo comencé a empujarte, tú te sostenías con fuerza y pediste que lo hiciéramos más fuerte. Entonces, te empujé con fuerza y subiste bien alto pero te mareaste y te soltaste de las cadenas. Rápidamente y sin que pudiéramos hacer nada, caíste al suelo y te golpeaste en la cabeza.

Estaba aterrada, no respondías nada. Ni siquiera querías abrir los ojos, grité tu nombre una y otra vez con esperanza de que despertaras. Mi corazón latía tan fuerte que quería salirse de mi pecho, solo podía poner mis manos a tu alrededor sin poder hacer nada. Pero el sentimiento de culpa me invadió todo mi cuerpo y mi mente. Temblaba de miedo al verte así y Takeshi trataba de convencerme de que todo fue un accidente. Estabas tirado en el suelo, sangrabas, no te movías y no querías abrir los ojos.

Entonces tu hermano te cargó a sus espaldas y fue corriendo a dos cuadras hacia la panadería de tus padres. Yo le seguí corriendo pero él no dejó que yo te siguiera tocando. Cuando tus padres preguntaron sobre lo que había ocurrido, yo traté de hablar pero nada salía de mi boca. Entonces, tu hermano sin rodeos dijo que estaban corriendo y que él se enojó contigo y luego te empujó.

Pasaron 2 días y no despertabas; yo lloraba todas las noches sintiéndome culpable. Entonces, la mañana en la que despertaste, tu hermano me fui a visitar y me dijo que ya estabas mejor. En la tarde me dirigí hacia el hospital para verte, estabas hablando con tus familiares como si nada hubiera pasado. Sin embargo, cuando llegué a tu habitación, no me reconociste. Te abracé llorando y me alejaste de ti, me preguntaste que quien era yo. La única persona a la que olvidaste fue a mí.

Cada vez que llovía pensaba en ti, lo mucho que amabas la lluvia y los buenos momentos que pasamos jugando bajo ella. Un día lluvioso, estaba sola sentada en los columpios. Tú te acercaste con un paraguas, me diste la mano, sonreíste y me dijiste tu nombre. No te dirigí la palabra pues tenía miedo de que si me recordaras me odiarías, me sentía totalmente culpable. Solo pude darte las gracias por cubrirme con tu paraguas.

Seguí hablando con Takeshi de vez en cuando, pero no era lo mismo. Él fue castigado por mi culpa y nunca olvidaré el daño que les hice. Él fue a un campamento de la marina como castigo. La lluvia me trae nostalgia, pero esa nostalgia me deprime. Todos mis esfuerzos por olvidarte, han fracasado.

...

Después que terminó de explicarme, yo me levanté de mi silla y le di las gracias por permitirme quedar en su casa mientras pasaba la lluvia. Abrí la puerta y me dirigí hacia mi casa, pensando en todo lo que Yukari me había contado. Después que terminó su historia, de sus ojos salieron dos pequeñas lágrimas y su rostro se tornó pálido. No quería ver esa expresión en su rostro, por lo cual simplemente tomé mi camisa y me alejé de su hogar.

No podía creer todo lo que había escuchado; sabía que algo me decía que la había visto antes. Pero, aunque mi mente no recuerda, si sé que esa persona es una parte especial de mi corazón. Con el tiempo la mente olvida, pero ¿Olvidará el corazón?

Llegué a casa y ahí se encontraba mi hermano mirando el arcoíris que se difuminaba en el cielo después de tanta lluvia. Tenía sus manos en los bolsillos y estaba recostado de una pared en el balcón. Me miró con una carcajada y me dijo:

—Durante todos estos años, ella siempre me gustó. Pero sabía yo no era la persona que ella merecía. ¿Recuerdas algo? ¿Ya te contó lo que ocurrió?—me preguntó.

— ¡Lo sabías todo desde un principio! —le dije.

—Ella me pidió que dejara todo en el pasado. Y a pesar de que todo fue un accidente, el trauma que sufrió en ese momento al verte en esa condición, no deja de atormentarla. Si no me hubiera inculcado por lo que te pasó, tal vez ella hubiera sufrido aún más —me dijo.

—Lo hiciste porque la querías —exclamé.

—Debido a que la quiero es que he apoyado su decisión y la he dejado ir —me dijo.

— ¡No te entiendo! ¡Pudiste convencerla y seguir a su lado! —le grité.

—Oye, Takao. Soy un don nadie que fracasa en el amor, ¿sabes por qué? Si de verdad la quiero, entonces me alegro de que sea feliz con la persona que ella elija. No estoy buscando mi propia conveniencia, busco tanto tu felicidad como la de ella —me dijo seriamente.

— ¿Es verdad que yo la quería? —le dije casi soltando un llanto de tristeza.

—Nunca había visto a una persona más enamorada y a una chica tan feliz. Tú le diste esa felicidad y se la puedes regresar —me dijo.

Abracé a mi hermano, no recuerdo cuando fue la última vez que lo hice. Entendí que todo este tiempo estuvo haciendo lo correcto y que hacía lo posible por cuidarme siempre. Aunque tuviera que ser inculcado por cosas que él no hiciera. Era tan tarde para darme cuenta. Él organizó todo para que yo pudiera volverla a ver.

Aquella chica que solo veía los días de lluvia, representaba algo más para mí. Aunque mi mente la haya olvidado, mi corazón reconoce el sonido de su respiración, el timbre de su voz, su sonrisa, su mirada, su amor. No importa el tiempo que haya pasado, todavía podía recordarla.

Cuando fui a mi cuarto, mi hermano me dio una llave para que abriera una de las gavetas de su mesa de noche. En esta, había ciertas fotos, recortes y envolturas de chocolate. En una de las fotos, estaba yo junto con una niña de unos 9 años de edad. Éramos nosotros, estábamos sentados en una banca y comíamos helado.

Había otro recorte que tenía la forma de un corazón y una foto de nosotros juntos. El recorte fue un regalo que ella me había dado. Tenía una oración escrita por ella que decía: *Yo también te prometo que aun para siempre, siempre te amaré. Pero si me voy ¿recordaras aquellos días nublados?*

Me quedé pensando por varios minutos en esta frase hasta que finalmente Takeshi contestó a mi pregunta:

—Un día le prometiste que siempre la querrías. Ella te mandó esa carta como respuesta, pero tú nunca le respondiste. Siempre tuvo el temor de que algún día se iría de esta ciudad y no te volvería a ver. Mañana será ese día, irá a vivir con su madre a partir de ahora. Tomará el primer autobús a las 7am.

Entonces, mi corazón comenzó a latir más rápido de lo normal. Temblaban mis manos al sentir el delicado papel que sostenía; mis ojos derramaron una pequeña lágrima mientras contemplaba todo lo que estaba en esa gaveta y a la vez escuchaba lo que mi hermano me estaba diciendo.

Durante toda la noche, me la pasé pensando en ella. ¿Por qué no la recuerdo? ¿Por qué esos buenos momentos no continuaron? Daba vueltas en la cama pensando en lo que acaba de descubrir, en lo que no recordaba. Entonces tomo una gran decisión, no podía dejar que se fuera. No podía permitirme a mí mismo que después de todo lo que ocurrió, no pudiera decirle cuanto la quería.

Eran casi las 7 de la mañana, corrí como nunca lo había hecho y me dirigí hacia la parada de autobús más cercana. Estaba lloviendo y mis pies pisoteaban una y otra vez los grandes charcos de agua; me dirigía hacia la parada del autobús que estaba cerca de su hogar. Un débil trueno suena en derredor y un relámpago ilumina por completo el cielo nublado. Las gotas de agua eran pesadas y causaban un fuerte sonido al estrellarse con el asfalto.

Entonces, la veo a lo lejos con dos maletas en las manos y con un pie dentro de un autobús. Yo corriendo y con mi paraguas batallando con la brisa, grito con fuerza su nombre pidiendo que no abordara el vehículo. Para mi alegría, al escuchar mi voz y dirigir su mirada hacia mí, bajó el pie del autobús y le dijo al conductor que esperaría el siguiente.

Cuando llegué, estaba exhausto de tanto correr y me sentía sofocado. Poco a poco me fui calmando y procedí a hablar con ella:

—Yukari, tienes razón. No te recuerdo. Mi mente te ha olvidado —le dije mirándola a los ojos.

—Lo sé —me dijo.

—Pero, ¿recuerdas la carta que me diste un día antes del accidente? —exclamé.

—Sí, lo recuerdo —expresó con una sonrisa, mientras se engrandecían sus preciosos ojos color miel.

—Pues, no importa lo que haya pasado, yo nunca te odiaría; siempre te querré. Recordaré no solo los días nublados, sino también los soleados, lluviosos y nevados. Todos los días que esté contigo. Es posible que mi mente te haya olvidado pero mi corazón todavía te pertenece a ti —le expliqué.

—Takao, como vamos a revivir esos momentos si ni siquiera hay tiempo —exclamó con una voz entrecortada preciosa a mis oídos, junto con su cara tornándose rojiza y sus ojos aguados de felicidad.

—No importa a donde vayas, reviviré cada momento que pasé contigo —le dije.

Sus ojos se aguaron, la lluvia cesó. Sus manos y su cuerpo temblaban pero no de tristeza, esta vez era de felicidad. Ella entonces corre a donde mí y me abraza. Fue el abrazo más cálido que he recibido y definitivamente uno que nunca olvidaré.

Me prometió que regresaría en el otoño para seguir estudiando arte y literatura. Y que el día que lo hiciera, deseaba que lloviera para así poderme recordar y volver a estar junto a mí; pues sabía que yo la iría a buscar. Él día que volviera a llover, los recuerdos que nos trae la lluvia volverían a florecer.

Fin

pd: El amor verdadero nunca olvida. El amor verdadero es la certeza de lo que una persona es, lo que fue y lo que nunca más volverá a ser. También es poner primero la felicidad de la otra persona antes que la tuya.

finess_96@hotmail.com

Copyright: Se prohíbe todo tipo de copia o reproducción sin el consentimiento previo del autor.